

que va de finales del siglo X a mediados del siglo XII; ¿dónde quedaron situados los mitos procedentes del pasado indoeuropeo, dónde la teoría de las tres funciones, dónde las ideologías latentes configuradoras de una élite de guerreros a caballo, de caballeros? ¿Qué se interpuso entre el sueño del centauro y la caballería de Chrétien y todos los demás? En la introducción Cardini nos había advertido «le pagine che seguono sono dunque, in fondo, solo propedeutiche al tema della cavalleria medievale. Per me, rappresentano solo una lunga introduzione a un libro ancora tutto da scrivere, e non posso che presentarle come tali, con tutti i limiti, i rischi, i difetti del caso» (p. X). Sin embargo, Franco Cardini en estas casi cuatrocientas páginas, densas, ricas, hermosas, ha logrado imaginar (en ocasiones con auténticos esfuerzos analíticos en las fuentes y la bibliografía) el pasado, la raíz, de la caballería medieval. No sólo ha logrado centrar admirablemente el problema —ignorando las interpretaciones superficiales— sino que también ha hecho inevitable la explicación nueva y coherente de la caballería medieval. Este libro transforma así nuestros planteamientos y abre perspectivas renovadas, evitando la impostura. Desde las «raíces» se comienza a vislumbrar lo que fue realmente la caballería medieval y su significado social, antropológico y cultural. El esfuerzo de Cardini nos proporciona una guía leal y eficaz para el planteamiento de este importantísimo problema de la Historia Medieval. Y nos sugiere precaución, mucha precaución: verdaderamente estamos delante de una auténtica arqueología del fenómeno caballeresco, pues cumple admirablemente la tesis de Foucault de que «no se trata de conocimientos descritos en su progreso hacia una objetividad en la que al final pueda reconocerse nuestra ciencia actual; lo que intenta sacar a luz es el campo epistemológico en que los conocimientos considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad».

J.E. Ruiz Doménech

J. CHAPELOT, R. FOSSIER, *Le village et la maison au Moyen Age*, Paris, Bibliothèque d'archéologie Hachette, 1980, 357 pp.

De los muchos problemas con los que topa un arqueólogo ninguno tan complejo como el de transcender los límites de un yacimiento: cotejar, comparar, conjuntar resultados. Concentrada necesariamente toda su atención en los restos materiales que le rodean, encuentra con dificultad por donde traspasar la frontera.

De ahí que la colaboración de Jean Chapelot, un arqueólogo, y Robert Fossier, un historiador, deba ser doblemente bienvenida: su libro es una obra bien hecha, laboriosamente construida, ordenada con la lógica de una *estratigrafía en una superposición compleja e intrincada*; los estratos, bien saben los arqueólogos que son raramente horizontales, que a menudo no se pueden explicar unos sin otros, que los rompen fosas, que los modulan muros, pavimentos, construcciones... Pero además esta obra sabe recoger una prolongada labor en el campo de la arqueología medieval, sabe demostrar que, desigual en su distribución geográfica, irregular en su calidad e intensidad, pero a un ritmo de progreso creciente, la investigación arqueológica puede ofrecer ya hoy a los medievalistas importantes visiones de conjunto, que es capaz de conjugar sus trabajos múltiples en una síntesis.

J. Chapelot y R. Fossier centran su estudio en la evolución del hábitat rural en Europa a lo largo de la Edad Media. Analizan con detalle las transformaciones que se operan en un mundo, el rural, que contra un difundido tópico urbano contemporáneo poco tiene de estable; sin embargo, ni el ritmo de los cambios es regular ni tienen todos la misma importancia: un período de tiempo, los s. XI y XII, y una transformación profunda, la emergencia del *pueblo* como estructura de hábitat tal cual la concebimos en la actualidad, constituyen la problemática axial de la obra. A modo de *horizonte de pavimentación* la aparición del *pueblo* sella cuanto le precede ¿Qué hay por debajo de él?, ¿sobre qué se sedimenta?, ¿qué lo hace posible?

Los primeros capítulos del libro (pp. 133-135) muestran cómo las múltiples excavaciones llevadas a cabo (con mayor abundancia sin duda en la Europa septentrional) coinciden en dar cuenta de un mantenido proceso de reagrupamiento de la población desde el s. V en adelante: pequeñas aglomeraciones que reocupan en ocasiones lugares de hábitat prerromano, caracterizadas por la inestabilidad de su localización, por sus frecuentes desplazamientos que normalmente no superan los límites de lo que se define como su territorio (que en opinión de los autores se fija precisamente en esta época), un hábitat en evolución compuesto aún por una mera yuxtaposición de unidades agrícolas de tres a diez construcciones, una casa de habitación que, elemental o mixta, se define sobre todo por su escasa o nula división interior, un utillaje pobre, una agricultura extensiva y dispersa... todo ello marcado, sin embargo, por una tendencia a conjugarse en la formación de esas unidades de poblamiento que en el segundo milenio se perfilaron con toda nitidez en Europa: los pueblos.

Le Moyen Age adulte (pp. 137-333), ésa es la fase clave de la evolución del hábitat rural, donde emergen con fuerza tres elementos que se conjugan para dar forma al *pueblo*: la iglesia parroquial, el castillo y la «clôture», el cerco, el recinto, la muralla. La iglesia, cementerio y

atrium, lugar de los vivos y de los muertos, es además (monástica, episcopal, pero también parroquial) nutridora, punto de anclaje, célula económica fundamental; como ella lo es también el castillo que, vértice del poder, es asimismo modelo, signo refulgente de señorialización; en torno a ambos se agrupa el hábitat, en torno a ellos se transforma, a través de ellos penetra la piedra en la zona septentrional y más generalmente cambian los materiales, más sólidos ahora, más perdurables; se renuevan las técnicas, crece la especialización, hacen su aparición los artesanos, se estructura el territorio, se sedenteriza definitivamente la agricultura. Pero junto a la iglesia y el castillo y no menos inquietante que ambos aparece el tercer elemento, ya se trate de los precoces fortificaciones meridionales (*l'incastellamento*) ya de los pequeños cercos septentrionales en torno a las casas, en torno a los campos, en torno a los pueblos; el encinto, fortificación o no, separa el fuera del dentro, define un espacio, unifica el interior, emblematiza.

Jean Chapelot y Robert Fossier constatan, a través de las investigaciones arqueológicas, el surgimiento del *pueblo*, describen con pulcritud las líneas básicas del proceso, trazan la topografía de las nuevas unidades de hábitat, sus funciones como cuadro socio-económico, la tipología de su arquitectura, la diversidad de sus formas, aportan datos sólidos sobre los que el historiador puede apoyarse y proponen finalmente tres puntos de reflexión al medievalista: 1, ¿Por qué entre los s. XI-XII se da una ruptura en la historia del hábitat rural que en su conjunto remontaba al menos en Europa Occidental a la Edad de los Metales o incluso a la neolitización? 2, ¿Por qué este fenómeno coincide, al menos cronológicamente, con la implantación generalizada del sistema feudal? 3, ¿Por qué esta ruptura se encuentra en el origen de una forma específica de poblamiento en la historia rural europea que obrará por lo menos hasta el s. XVIII? (pp. 335).

*La maison et le village au Moyen Age* es una síntesis de los diversos resultados aportados por las excavaciones arqueológicas de hábitats paisanos; otras han sido llevadas a cabo en hábitats señoriales, en ciudades, en iglesias (que el libro sólo trata lateralmente en función de la emergencia del *pueblo*). Es tarea aún del medievalista compararlos, observar de qué manera los recubre a todos esa oleada de privatización (tal como la definía recientemente el Prof. Georges Duby en su curso del Collège de France), que tiene como bandera el recinto, distinguir los lazos que se entretienen entre unos y otros, analizar la progresiva diversificación de los espacios interiores del monasterio, del castillo, de la casa rural, cómo se multiplican las habitaciones que desde la entrada hacia el interior se transforman accediéndose del espacio más abierto, del más público, al más cerrado, más privado, más secreto; desde la sala, la cocina, el lugar de la hospitalidad, al dormitorio, donde se encuentra la cama y se guardan los cofres.

Sin duda la obra de J. Chapelot y R. Fossier trasciende las fronteras que obligan normalmente al arqueólogo a cerrarse sobre sus yacimientos, pero es además una invitación al historiador a volver su mirada con una mayor frecuencia hacia esos yacimientos, marco de la sociedad que analiza, y hacia los restos materiales que en ellos se conservan; pues ellos son, junto a la documentación escrita, lo único que nos queda.

Blanca Gari

G. DUBY, *Le chevalier, la femme et le Pretre (Le mariage dans la France féodale)*, Hachette, 1981.

Amb «la tentation de saint Benoît» (capiteau du narthex, basilique de Vézelay) a la coberta, l'últim llibre del professor del Collège de France, Georges Duby, arriba a les nostres mans.

Dos segles d'història (XI-XII) a la França medieval. La França capeta. Els seus reis, Felip, Enric, Robert... Els seus pensadors, Yves de Chartres, Guibert de Nogent... I un començament: Urbà II, prior de Cluny, pretén de fer la gran reforma gregoriana a l'Església i a la societat (Clermont-1095). Pretén matar d'arrel el nicolaïsme —la pràctica del concubinat— la simonia, tan esteses dins el món de l'Església. Cal anar contra la corrupció existent —diu Urbà II—, i fer caminar la societat per un sol camí cap a la salvació eterna, cal imposar noves normes morals.

Dues persones, a partir de l'any 1000, guiaran el món: el papa i l'emperador. La lluita pel poder serà titànica. El primer a caure pel poder de les noves normes serà Felip, rei de França, excomunicat per concubinat. Per què la moral de l'Església ha de ser la moral dels laics, dels cavallers, del poble? Davant un model clerical hi ha d'haver un model aristocràtic. I aquí radica el gran laberint d'aquest llibre. Tres parts el configuren: La primera, un *exemplum* de la força per a imposar la doctrina dels pares de l'Església: l'excomunicació de Felip, rei de França; un estudi teòric de la normativa moral eclesiàstica; un *exemplum* de l'acceptació per part d'un altre rei, Enric, del que el món eclesiàstic li ha imposat —en la veu de Bouchard, bisbe de Worms—; el rei Robert el Pietós i la desmitificació del mite. La segona és una anàlisi profunda de la vida de gent que per la seva actitud ha esdevingut *exemplum* de santedat i la interpretació dels pensadors moralistes de l'època: Guibert de Nogent, abat, i Yves de Chartres, bisbe. Acaba amb un tercer apartat, ja en el 1200, on amb el darrer rei Lluís es va configurant la definitiva concepció de la institució matrimonial: un híbrid entre el somni i la realitat.

Ens explicarem: Un temps: 1095-1200; un lloc: la França del Nord. El zenit d'una volta: el matrimoni com a clau de la societat. Una anàlisi: la